

Pero en la cárcel, menos. Ni me miró apenas. Se dió cuenta de que fui a curiosarlo al pedo, no a acompañarlo un rato. Cuatro años llevaba ya y le quedaban siete, me enteré de que el abogado lo defendió bien y que se había sacado, para lo del crimen, no sé qué de trastorno mental pasajero, vaya a saber.

Y... ahora, ahora sí que estoy sintiendo más por allí abajo, mmm Che, Joaquín, mirá que esta pija la buena vida que se dió, cuántos regalos de minas lindas que le hice, y que la ingrata sea ahora quien se porta mal... Bueno, la próstata, todo ese lado y, ya, también las bolas. Que todo eso es de su familia, es como la casa y la familia de la pija ¿o no? Más que nada, las bolas. Y ellas son las que ahora... mmm, otra vez... Claro que ni comparar con lo de ayer mañana, ni digamos con lo del domingo. Ya se me irá pasando.

¿Qué, Nogoyá? Ah sí, es un pueblo de allá, del interior. Chiquito. Yo tampoco sabía qué era eso. Pero oí decir que él no era de allá, sino del mismo Buenos Aires, lo que es que suena lindo pa l'arte y pa el circo: La Flor de Nogoyá.

Y yo le di unos pesos al carcelero y le pregunté por La Flor, y me contó que también tenía en la cana sus metejones y sus líos de hombres, pero que lo respetaban y le temían. Eso no quita, me dijo, que... bueno, entonces no había televisión y los presos estaban viendo una cinta de vaqueros con una máquina de cine que les llevaron a la cárcel una tarde de Nochebuena, y justo en uno de los tiroteos de la cinta le encajaron a La Flor una puñalada que anduvo a la muerte. Ese regalo de Navidá no fue como el regalo de Reyes del turquito.

Y, como siempre, nadie se enteró de por qué ni de quiénes. Desde luego, más de uno. Dos, por lo menos, fueron los de la puñalada, y otro más retirado que haría de campana, en las cárceles pocas veces se llegan a saber esas cosas y, una vez que se supo mucho, mataron en tres días a dos más, empezando por el Retinto aquel de Catamarca, tan mentado. Eso también fue en Buenos Aires.

A Villa Devoto lo fui yo a ver a La Flor con otro español, un periodista o algo así recién llegado a Buenos Aires, y que quiso venir conmigo porque le conté la historia del tipo y el crimen que lo tenía preso.

Y ya en la cárcel le dije a ese español, le dije:

—Vea, señor, si lo prefiere podemos volver atrás al disimulo y se fija otra vez en él: ni cien veces que lo june l'hai semejar maricón, sino hombre como los otros.

Porque eso parecía.

Flaco.

Los hombros y los cachetes así chupados, como de gente enferma. Los ojitos, secos ni que se los hubieran exprimido, mirá. A la cara y la boca se

las achicaba un bigotazo bien negro, fuerte. Y de hablar, te lo dije... ¡boh!, decir que hablaba poco ya es mucho; más de un día nos fuimos a tomar un cafesito, y era como si no tuviera lengua.

¿Alto decís? Bueno, petiso, no, desde luego. Corriente. No sé: alto más bien. Pero se veía poca cosa todo él, aunque con planta de hombre, no de lo otro. Alguna vez, fuera de la pista, sí sonaba medio raro, ¡aunque a mujer no! Tal vez las manos... blancas y chicas, rellenas, como de ama de casa gordita del «Para Ti».

Ma qué manos, che. En su laburo, ni se las veías. De un golpe, se largaba de una mano a otra todo el mazo grande de cuchillos como si fueran uno solo, sin que se le cayera ni uno al suelo. Y los tres últimos se los volaba a la mujer con la zurda. Para darle más sal. Nunca he visto una cosa así, me tenés que creer. Y que apenas si miraba a la mina ni movía el brazo al tirarle los cuchillos: era nomás como si sacudiera la mano en el aire. No tiraba de apuro, ni lento. Una cosa rápida, pero tranquila.

Y, fijáte, aunque al público le gusta que se haga teatro, si él llega a meter fierro con eso y a hacerse el sobrador, hubiera impresionado menos. Pero lo hacía como si no hiciera nada, así jugueteando. Y eso terminaba gustando más.

Se las sabía todas en lo suyo La Flor, ya lo creo.

Frente a él, justo donde se apoyaba la mujer, el poste era liso, como un tablón bien cepillado, y ya detrás y arriba estaban las cabezas de indio y los adornos y el águila. Y ese poste estaba allá en medio de la pista y él le volaba los cuchillos a la mina de muy lejos, desde la puerta, abajo de la banda'e música.

Con Lina, la mujer que abría las funciones en el número de los perritos amaestrados, con ésa laburó La Flor por lo menos dos años, y al final dos o tres semanas, hasta la noche misma que lo metieron preso. Y también trabajó con otras, o con hombres. Con hombres, poco.

Pero, quitando a Lina, La Flor nunca laburó mucho tiempo seguido con la misma o el mismo (recién me doy cuenta), con todo y que les hacía ganar muy lindos pesos y nunca le rozo cabello a nadie. Nunca. Crac: esos golpes en la madera, que apenas los oías, y ya estaba la mina toda adomada de cuchillos. A tres dedos de su cara, del cuerpo, de las piemas.

Y ahí se recreaba el maricón, ahí entre un cuchillo y otro, riéndose y coquetiando de a poco como hembra contenta, el vestido a la turca, casi igual que el de la mujer, ya te dije. Como la misma ropa, que la hubieran hecho para los dos.

¿Pero qué horas son?... ah... las seis menos veinte todavía. ¿Ves que te hablo y te hablo?: pues igual llevo un rato que me duele la cosa. Toda la noche bien y ahora otra vez, bufff. Ya pasará.

Aquella vestimenta de La Flor... Acá y después de tantos años, y es como si estuviera viendo las zapatillas doradas, con la punta en gancho vuelta para arriba, y la ropa de brillos en seda rosa, pobre tipo, las lentejuelas de plata, un chaleco de lo mismo, corto y abierto, mostrando el pecho bien afeitadito. Se estiraba las puntas del chaleco con la mano que no cargaba los cuchillos y en algún momento hasta se toqueteaba los brazos que ni la Marlene, mamma mía, pintadísimos aquellos ojos chicos y secos. Pero, con todo y eso, de lo que el público andaba más pendiente era de la mujer y los cuchillos que él le volaba, de la muerte que iba para ella. Quitando a los pibes inosentes, por eso se paga y va la gente al circo y lo demás son pava-das: por la muerte es que pagás y soltás la plata, de eso vive el circo bueno como acá los toros, dejáte de joder: se paga porque la muerte está ahí y la gente sabe que está, bien pegadita al costado de los domadores y los tore-ros, de los cuchilleros, los trapecistas, toda esa tropa. ¿O no?

Así que el peligro de la mujer distraía a la gente del mariconeo del hom-bre, que muchos tampoco se lo creían o no lo comprendían, ¿me entendés vos? Yo mismo tardé en entender, y otros pensaban que lo hacía en joda. Cuesta creer que un cuchillero esté haciendo todo eso de puro señora que es.

Que en Tucumán, ya me acuerdo, también anduvo preso unos días por lo mismo, por un pasticho con dos inditos que lo denunciaron, y bueno, en Rosario, y en el mismo Buenos Aires ya lo debió ayudar el Di Caro a sacarse de encima otros quilombos con varones. Un cuchillero, ¿te parece? Y lo ayudó por la cuenta que le tenía al patrón ayudarlo, era mucho número el de La Flor. Gustaba.

¿La cárcel decías?... No, no, el crimen y la cárcel de Villa Devoto fueron otra cosa. Nada que ver con esos tropezones. Lo que habría que saber del crimen es... bueno... es si un tipo puede largarse a reir cuando le sale de las pelotas. Yo diría que sí. Pero entiendo también a La Flor, cómo no; entiendo por qué lo dejé en Villa Devoto con cuatro años cumplidos, ocho por delante, y la puñalada, que esa sería por algo, nunca vienen solas.

Buenos Aires, claro, vos no podés saber lo que es. Tan grande. Hay gente para todo. Nadie conoce entera Buenos Aires. Gente para todo.

Estábamos en La Boca, junto a la misma Vuelta de Rocha, entre los barcos, la esquina de la calle Caminito y el café La Perla, que allí me gustaba sentarme con un vino en la ventana, cutre y todo, ¿no decís cutre acá a lo viejo y sucio?

Y como se le fue la gorda Renata, la fransesa, el Di Caro le había saca-do al circo lo de París y le había puesto Circo Atlántico, ya te dije, y, bueno, estábamos en el barrio de La Boca y esa noche le faltaba a La Flor un cuchillo para acabar su número, el último cuchillo.

Lina, la de los perritos, sabía de sobra que, en los tres tiros al final, el tipo se demoraba un momento como si lo dudara o le preocupara tirar

con la zurda, allí sí que andaba un poco teatrero con el peligro, pero a lo justo. No llegaba a notarse.

Y la mujer esperaba ese cuchillo que era el último, había relajado el cuerpo en el poste para despegarse de él, dar un saltito como daba ella y correr por la pista a La Flor que salía a su encuentro, saludaban los dos de la mano, repartían besos con la otra, y los mozos se llevaban el poste, el tipo siempre con sus morisquetas. Y esa noche La Flor se pasó'e la raya en lo de moverse y mordisquiarse el labio, y torciendo la cabeza, mirá, una cosa exagerada ya.

Entonces, una risa.

Una risa cortita al principio pero que se escuchó mucho. Se escuchó enseguida, y luego más: esa risa como un látigo desnudándolo a La Flor, cagándolo, sin palabras pero llamándolo a los gritos putó'e mierda, diciéndoselo con esa risa nomás, que ya la estaba oyendo todo el circo y que la banda'e música no la ahogó la risa porque el Negro Miralles, el maestro, y Ponti el primer trompeta, habían bajado a orinar o algo así... y bueno, que yo también tendría que orinar ahora y me lo aguanto por los dolorcitos... te hablo-te hablo, y ahora sí duele más, carajo. Mucho. Pero bastaría con que no llegue a lo de la semana pasada...

Sí: mañana sin falta le pregunto yo mismo al doctor Flores, y ahora te acabo de contar: esa risa en el circo y La Flor medio vuelve la cara, yo caía bien cerca... mmm... Se voltea así un poco y el de la risa andaba en silla de pista entre dos morochas lindas, un chanco muy gordo y muy paquete, todo bien empilchado y alhajado, piedras grandes en la corbata y en los dedos, y que se parte de la risa, algo mamado me sonó que estaba, alborotando y señalándoles La Flor con una mano en alto a las mujeres que lo acompañaban y que se reían ya también, se reían fuerte, como otros acá y allá porque la risa'l tripa era de esas que se pegan, así como con un sofoco o un llantito a lo último.

Y yo veía a la mujer del poste fastidiada ya de esperar, vi todos los cuchillos pegados a ella, vi cómo la apuntaba y temblaba en el aire el mango del último, el que no acababa de largar La Flor, que los agarraba por la hoja.

Hasta que lo largó.

Me fijé en la mano vacía, caída así junto al chalequito, cuando ya saltaron los gritos de la gente y de las dos morochas paradas junto al de la risa, porque le estaban viendo el mango'e madera asomándole junto a la corbata, la camisa y la risa ensuciadas de sangre, los ojos muy abiertos, sin entender nada el gordo: con el cuchillo en el corazón, mirá.

**Fernando Quiñones**